

CAPITULO VI

LA AMBICION DE JOB

1.—*Dónde hallar a Dios.* Acuciado por el aguijón de su desgracia, lanza Job su grito venturoso: “¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!” (*Job* 23:3). El predicador de la verdad evangélica, acuciado por la premura de su vocación ha de caminar de continuo hacia su blanco, “a ver si alcanza aquello para lo cual fué alcanzado de Cristo”. (*Filipenses* 3:12). Desde aquel momento, cuando es alcanzado de Cristo, se constituyó en acreedor de Dios y deudor de los hombres. (*Romanos* 1:14).

2.—*Pablo ballado de Dios.* El Apóstol Pablo, arquetipo de predicadores, nos ha dejado recuerdos intrigantes de su hallazgo de Dios. Poco después de su experiencia en el camino hacia Damasco, cuando plugo a Dios, que le había apartado (santificado) desde el vientre que le concibió, le llamó por su gracia, reveló en él a su Hijo, “para que le predicase”. Entonces el Apóstol, antes de buscar a Dios entre los hombres se fué a la Arabia. Nadie sabe cuánto tiempo pasó en ese retiro. Allí revisó todo su pasado. “Ya habéis oído acerca de mi conducta otro tiempo en el Judaísmo, que perseguía sobremanera la iglesia de Dios, y la destruía; y aprovechaba en el Judaísmo sobre muchos de mis iguales, siendo mejor celote según las tradiciones de mis padres”. (*Gálatas* 1:13-17). “Si alguno parece que tiene de qué confiar en la carne, yo más... Pero las cosas que para

mí eran ganancia, helas reputado pérdidas por amor de Cristo. Y ciertamente, persisto en el momento actual en reputar todas las cosas pérdidas por el eminente conocimiento de Cristo Jesús... Para alcanzar el fin de este llamamiento, el cual es conocerle, y especialmente participar del mismo poder que fué eficaz para resucitar a Jesús, aunque para ello tenga primero que participar de las angustias y padecimientos que sufrió Jesús hasta su muerte". (*Filipenses* 3:4-11).

Hallada la verdad de este Camino, el predicador puede expresarse con humilde y tenaz aplomo: "Os hago saber que el Evangelio anunciado por mí, no es según hombre, pues ni yo lo recibí, ni lo aprendí de hombre, sino por revelación de Jesucristo". (*Gálatas* 1:11, 12).

Contemos los depósitos por donde el Apóstol fué reuniendo los materiales de su verdad: la raza, la cultura, la tierra, sus intereses, su Biblia, sus simpatías y antipatías, finalmente su crisis en el Camino de Damasco, seguida de una silenciosa y tranquila meditación en la lejanía de su soledad. Allí se consumó la revolución: lo postrero ocupó el primer lugar. Desde ese momento no pudo ser rebelde a la visión celestial. (*Hechos* 26:19). Su trabajo desde entonces consistió en buscar en su experiencia el rastro de Dios, e iluminar ese Camino para provocar a otros hombres que caminasen por él. Cada predicador cristiano hallará a Dios por la misma vía, en su matiz particular de la experiencia humana, transformada e iluminada por la visión celestial.

3.—*La escala de la verdad.* El vidente de Patmos, al fijar su visión celestial, su revelación de Jesucristo, en los huracanados capítulos del *Apocalipsis*, ha destacado,

con trazos de aguafuerte, esta alegoría. “Vi en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito de dentro y de fuera, cerrado con siete sellos”. ¡Quién sabe si estos siete sellos representan siete momentos de la verdad total ofrecida al hombre, como los siete espíritus de Dios, o las siete estrellas, o los siete candelabros, simbolizan tal vez las mismas siete faces de la verdad total en la mente de Dios! ¿No enseña también este Libro Sagrado que la mente del hombre fué creada a imagen de la mente de Dios? Goethe parece expresar una idea parecida al comienzo de su gran obra. Dice Fausto: “¿Podría ser un pergamino la divina fuente en que nuestra alma apagase su sed eterna. . . .?” “Nunca estaréis consolado si el consuelo no salè de vuestro propio corazón”. A lo cual contesta Wegner: “¡Dispensadme! Es una fruición indefinible transportarse al espíritu de los tiempos pasados, ver cómo un sabio pensó antes que uno, y cómo viniendo de lejos lo hemos pasado tan victoriosamente”. Fausto entonces concluye: “¡Oh! ¡Sin duda! Hasta las estrellas. Amigo mío, los siglos transcurridos son para nosotros el libro de los siete sellos”.⁽¹⁾

Tan misteriosa es la verdad, expresada por los sabios en el curso de la Historia, como lo es ahora: el libro de los siete sellos. “Lo que llamamos el espíritu de la historia es, en verdad, el espíritu de los hombres, en el cual se refleja el tiempo. Y eso, con harta frecuencia, es realmente una desgracia lamentable”. (Versión de L. Aquarone, Casa Garnier, París). La verdad objetiva, en la historia, la ciencia, la cultura, sirve a lo sumo, de punto de referencia, de normas críticas, para comprobar la verdad elaborada en lo profundo de nuestra experiencia

propia. Nuestra alma ha de reflejar también, como un espejo, el espíritu de los tiempos, el consuelo saldrá de nuestro propio corazón. La experiencia histórica, la que se objetiva en la teología histórica que algunos menosprecian, ha de hacerse experiencia presente, la teología de nuestro singular corazón, para que sea entonces predicable.

4.—*Verdad y pecado.* Ya hemos apuntado en el capítulo anterior que solamente los hombres tienen historia; porque solamente los hombres tienen verdad. Si confundimos la verdad con la realidad de las cosas, la epistemología con la ontología, la historia y la cultura carecerían de sentido, no tendrían explicación posible. La epistemología es consecuencia del esfuerzo humano para orientarse entre la confusión de los objetos. De ese esfuerzo de orientación nace la verdad, y de la verdad nace la historia. Si la verdad del hombre es equivocada, esta equivocación lo conduce al pecado, y el pecado a la esclavitud. El mal es natural; el pecado es culto. Los judíos protestaron porque Jesús les dijese que al conocer su verdad serían libres: "Simiente de Abraham" somos, y jamás servimos a nadie. No somos nacidos de fornicación, tenemos a Dios por Padre". A lo cual Jesús contestó certeramente: "Todo aquel que hace pecado, es siervo de su pecado. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres". (*Juan* 8:31-41). Leemos en el *Salmo* 14 que el necio, a causa de su necedad, niega a Dios. Entonces se corrompe, hace el mal. Nadie hace el bien, ni aun sólo uno; porque nadie es totalmente sensato. Elaborando esta idea, el Apóstol Pablo escribió las sublimes y a la vez horribles palabras del Capítulo I de *Romanos*: Los hombres, "reputándose sabios, se hi-

cieron fatuos... el necio corazón de ellos fué entenebrecido". Fijaos bien, el corazón era la residencia y fuente del pensamiento. "El necio corazón de ellos fué entenebrecido, y trocaron la gloria del Dios incorruptible (no material, no sujeto al error) en semejanza de imagen de hombre corruptible y de aves, y animales de cuatro pies, y de serpientes". (El paganismo). Mal negocio, mal trueque. Para que el hombre no vuelva a repetir este mal negocio, habéis sido vosotros llamados a la predicación de la sensatez de Dios. El principio de la sensatez consiste en comenzar por Dios. (*Proverbios* 1:7).

5.—*La ambición de Job*. La ambición de Job habla con amargura: "Es más grave mi mal que mi lamento". La grandeza de su desgracia oculta la presencia de Dios. El error capital: la perspectiva humana. La inmediatez de nuestros pesares, de nuestros intereses, de nuestras emociones aumentan desafortunadamente nuestro engaño; tras él aguarda misericordiosa, paciente, llena de gracia, la sabiduría de Dios. "¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios! Yo iría hasta su residencia...! ¡Yo sabría lo que El me respondería, y entendería lo que me dijese!" ¡Hermosa esperanza! Aun en medio de la desesperación cruza la tiniebla este relámpago de fe. "¿Pleitearía conmigo con grandeza de fuerza?" ¿Usará Dios abusivamente la potencia de su brazo para aniquilarnos? ¿Se burla de nuestra pequeñez? ¿Escarnece nuestra ignorancia? No. "Porque El conoce nuestra condición; acuérdase que somos polvo". (*Salmo* 103:14). "Derribóme en el lodo, y soy semejante al polvo y a la ceniza. Clamo a ti, y no me oyes; preséntome y no me entiendes. Haste tornado cruel para mí; con la forta-

leza de tu mano me amenazas". (*Job* 30:19-21). Sí. Pero cuando Job llegue hasta su trono, Dios pondrá la grandeza de su fuerza en la oquedad de la flaqueza humana. "¿Pleitearía conmigo con grandeza de fuerza? No: antes él la pondrá en mí". (23:6). "Orará a Dios, y le amará, y verá su faz con júbilo: él restituirá al hombre su justicia". (33:26). "He aquí que Dios es más grande, mas no desestima a nadie: es poderoso en fuerza de sabiduría". (36:5). "Yo denunciaba lo que no entendía, cosas que me eran ocultas, y que no las sabía". (42:3). La fe no le ha engañado, vive un Redentor, y al fin nos levanta sobre el polvo. (19:25).

Levantarse sobre el polvo es el primer y el postrer paso del hombre al ascender la escala de su verdad. Señalemos, pues con claridad meridiana estos siete peldaños, estas siete órdenes de la verdad humana.

6.—*Los ángeles de Dios.* Cuando Nuestro Señor Jesucristo se dirigió a Natanael, y este "verdadero israelita, en el cual no hay engaño", asombróse del saber de Jesús, replicó el Nazareno: "De aquí adelante veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios que suben y descenden sobre el Hijo del Hombre". (*Juan* 1:41). Tal vez haya aquí una reminiscencia de la visión de Jacob, e indudablemente la base de la visión de San Juan Clímaco y su descendencia mística hasta Kierkegaard. Fué este místico griego quien nos describió, en sus detalles, la *Scala Paradisi*. Los ángeles de Dios, sus mensajeros, son todas aquellas cosas que han salido de sus manos y nos hablan de su grandeza. Los hebreos llamaban a las estrellas *Sabaotb*. En los cielos las estrellas eran el ejército de Jehová. Cuando el pueblo de Dios se ve perseguido por Sísara, capitán cananeo, el ejército de Jehová

combate contra Sísara y desbaratólo. La profetisa Débora cantó este triunfo. (*Jueces* 5:20). Jehová es el Señor de los Ejércitos. Pero las estrellas no son los únicos ángeles de Dios. Desde el pedrusco hasta las estrellas se tiende una escala. Por sobre esta escala descenden y ascienden los ángeles de Dios, y bajo su sombra duerme Jacob o Jonás, el Hijo del Hombre. "Las zorras tienen cuevas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza". (*Lucas* 9:58). Pero toma una piedra, y duerme sobre ella. La roca es dura, pero es un ángel de Jehová. El hombre duerme reclinando su cabeza sobre un ángel de Dios, y mientras duerme, sueña sueños, y ve la escala, que apoyada en la piedra, asciende hasta los ejércitos de los cielos. San Juan Sinaíta contó treinta peldaños en su *Klimax*. Esta escala tiene siete, como las moradas del Castillo Interior, en Teresa de Ahumada, la santa española de Avila. Son las siete estrellas en las manos del Hijo del Hombre: son los siete sellos del misterio, la historia del Hijo del Hombre sobre la tierra; el libro de la vida.

7.—*El primer peldaño de la escala*: "No es pequeña lástima y confusión", escribe Teresa a sus monjas, en el sosegado español de su siglo, "que por nuestra culpa no nos entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia que preguntasen a uno quién es, y no se conociese, ni supiese quién fué su padre, ni su madre, de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras, cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe,

sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, u quién está dentro de esta alma, u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tienen en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este Castillo, que son estos cuerpos". (Edición de "La Lectura", Madrid, 1922, págs. 6-7).

No plantea mejor el asunto ni uno de los recién acuñados filósofos personistas. Aquí empieza la escala, con la fijación del eslabón perdido, de la diferencia entre la naturaleza y la persona, entre lo espacial y lo vital, lo temporal y lo eterno. El punto en que emerge la persona, objetivando al mundo espacial, vital o temporal como *alter ego*, otro yo, o tal vez un no yo, en la jerga nórdica, es el verdadero punto, el momento de tránsito entre "la grosería del engaste y el Castillo interior". El eslabón perdido no es ni físico, ni biológico, sino espiritual: la aurora del intelecto humano. Desde este momento el hombre puede contemplar, fuera de sí, dentro de sí y sobre sí, el panorama de su verdad: una primordial, y cinco más.

En el capítulo anterior mostramos el sentido de la definición escolástica de la verdad como la correspondencia entre el intelecto y la realidad. Pero antes de llegar a esa correspondencia, el hombre tiene que llegar a ser intelecto. Solamente los hombres son intelectos. La realidad es obra de Dios. Cada objeto de la realidad es una expresión de la mente de Dios, es un ángel. La verdad de *las cosas* no está en las cosas, está en la mente de Dios. Antes de que la verdad aparezca en la mente del hombre, como una pequeñísima palmatoria que alumbraba en lugar oscuro, el animal humano ha tenido que

pasar de mera realidad vital y objetiva, a sér subjetivo, Nimrod de la verdad, intelecto. (*Génesis* 10:9). Es éste el cimiento en la roca. (*Mateo* 7:24). El filósofo americano G. H. Mead, se ha esforzado por trazar, en miles de páginas, el análisis compacto y cuidadoso de ese primer peldaño. El resumen de ese análisis puede leerse en su obra póstuma, *Mind, Self, and Society*. En esta labor rodean a Mead incontables psicólogos y antropólogos; el más ilustre entre todos, Siegmund Freud. Los filólogos han echado también su cuarto a espadas, y entre éstos cuento la bien informada y mejor presentada obra de Grace de Laguna, *Speech, its Function and Development*. Cual sea el misterio del intelecto, estará siempre en íntima relación con el misterio del habla, de la lengua. Adelantemos la convicción de que uno de los peldaños importantísimos en esta escala de la verdad es su formulación, mental y verbal.

8.—*Sér humano y verdad*. Sin entrar en detalles ajenos a esta exposición, digamos inmediatamente que las fuentes de la verdad total, la cantera donde hemos de extraer este oro del intelecto humano, y el abrevadero del espíritu, estará siempre como el oro en los cimientos del arco iris, a la raíz de cada uno de estos momentos.

La nueva psicología, reforzada por la nueva antropología, de la cual los estudios lingüísticos son parte esencial, nos aseguran que en el momento transitorio del sér animal al sér humano se descubren tres factores: las funciones de nutrición, las funciones de eliminación, y las funciones de seguridad o protección; simbolizados por Freud en tres períodos: anal, bucal y sexual. Los mecanismos de seguridad generan, a la postre, el animal social, el hombre. Sin embargo, las dos funciones an-

teriores son, en último análisis, los móviles de la tercera. De todos los animales de la creación, ninguno más desvalido que el hombre. Al nacer depende de los demás para estas dos funciones que garantizan su existencia. Los demás seres son hijos de la naturaleza. El sér humano es hijo de la sociedad. En la íntima relación de estos tres factores se va fraguando la mentalidad del nuevo sér, del sér humano. Cuando llega al nivel primordial de la verdad, el segundo momento, sus patrones mentales para la concepción del mundo, sus ideas básicas de la realidad, han sido grabadas profundamente en su conciencia por esta oscura y confusa colaboración entre los ángeles de Dios y los hijos de los hombres. No tiene nada de particular que la consecuencia sea el desarrollo de titanes gigantescos, que asolan la tierra como en los tiempos pre-diluvianos. (*Génesis* 6:1-6). En estos tres extremos han de buscarse las verdades remotas más ocultas cuando se llega al segundo nivel, al nivel del intelecto, de la conciencia.

9.—*El principio de razón suficiente.* Cuatro siglos antes de Emilio Brunner escribir su *Revelación y Razón*, o de publicar Nels Ferré su *Fe y Razón*, describía el arzobispo primado de Toledo, Bartolomé Carranza, lo que yo he llamado *el principio de razón suficiente*:

La razón y la fe han de considerarse como los dos nortes que nos sirven para navegar en esta vida, del modo como los navegantes que van a las Indias se gobiernan por este norte que nosotros conocemos en España, pues llegados a un cierto punto pierden por necesidad ese Norte, para guiarse y navegar por otro. Así en la vida presente, debemos comenzar

nuestra navegación por el norte de la razón y reglamentar por ella nuestras obras. Pero si deseamos ser cristianos es menester para nuestra navegación, en la mayor parte de nuestra vida, perder ese norte a fin de navegar por la fe y reglamentar por ella nuestras obras.

(Versión de Marcel Bataillon, en *Erasmé et l'Espagne*, Librairie Droz, París, 1937, pág. 558).

“El saber vulgar (ingenuo)”, dice Francisco Romero, “se allega sin plan ni propósito claro, al azar de las experiencias de la vida, de la vida de la especie y de la vida del individuo”. (*Filosofía de la Persona*, pág. 84). Pero en ese saber común se proporciona al filósofo y al teólogo el primer producto de esa colaboración de la fe y la razón: la persona. Primero la fe natural, la de ese animal que describe Max Scheler como “sumido en su mundo”, inmerso en su contorno, en su medio ambiente. Después la fe histórico-social, la confianza, seguridad y garantía que obtiene de sus padres, amigos y maestros. Entonces el saber crítico, la razón, el espíritu, la disciplina. (Romero, *Ibid*, pág. 87 *et passim*). La diferencia entre el filósofo y el científico, de un lado, y el teólogo, del otro, a partir de este momento, es que los unos esperan entender, con claridad y precisión, para entonces creer; y el otro cree para entender. La verdad profética es la que tiene un respaldo y una esperanza de fe, suficiente para vivirla. El filósofo contempla la verdad, y alcanzada la frontera de la antinomia, se agota con ello la búsqueda. El teólogo recibe la verdad en el trajín de la vida para seguir viviendo

con redoblado entusiasmo. El filósofo vive para razonar, el teólogo razona para vivir. El filósofo dice: "El saber es muerte", el profeta dice: "La verdad es la vida, el amor, la justicia, la libertad". (Romero, *Ibid*, pág. 13).

10.—*Seis peldaños de la verdad humana*. Pasado este segundo nivel, avanzamos, a semejanza del cántico negroide: "Every round goes higher, higher". El tercer peldaño consiste de las relaciones objetivas internas, la estructura de los objetos, independientes de la subjetividad que la revela. El cuarto, las relaciones externas, entre los objetos; el quinto, las elaboraciones de índole cultural; el sexto, las formulaciones de esas verdades mental y verbalmente.

En las tablas del *Ars Magna* luliana, llama la atención la red de líneas transversales que conectan los objetos de estudio, dispuestos en círculo alrededor de un símbolo central. Aparte del mérito propio que puedan tener las tablas de Raymundo Lulio, se simboliza en ellas la realidad de la verdad humana. Cada objeto de estudio, material, ideal o culto, se proyecta en una gloria de innumerables relaciones. Cada uno de estos rayos, cada una de estas proyecciones, se cruza y se entrecruza con las de tantos objetos que se ofrecen ante el estupor, la codicia, la disciplina y la ambición del intelecto. Así se forma la red de relaciones tejida por la existencia. En esa red ha de sorprender la inteligencia los peces esquivos de la verdad. Si el *Logos de Dios* hubiese llamado pescadores filósofos, tal vez hubiera modificado la invocación: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de la verdad". Para Dios, el hombre vale más que la verdad, es mejor pesca. La verdad para el hombre, no el hombre para la verdad. La verdad para el amor, la vida, la jus-

ticia y la libertad. (*Efesios 4:15*). No la vida para la verdad; sino para la vida en Dios, a la cual se llega, no por las verdades humanas, sino por la verdad de Cristo.

El humanista español Antonio de Lebrija hace, en el prólogo de su *Gramática Castellana*, esta afirmación clarividente: "La lengua nos aparta de todos los otros animales e es propia del ombre e, en orden, la primera después de la contemplación que es oficio propio del entendimiento". Sin esa capacidad de trascender su propio Yo, a la vez que su propio Mundo o circunstancias, no podrá La Persona humana iniciarse en el proceso de la verdad. Ese primer tiempo de la reflexión de La Persona, representado en la figura número 1, es lo que llama Francisco Romero "el saber vulgar".

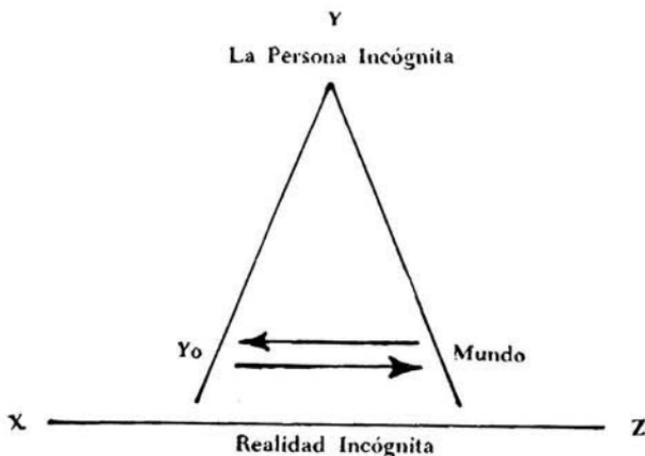


Fig. 1. Primer momento de la reflexión

Tan invisible, tan inefable y tan incomprensible es la última y auténtica realidad objetiva XZ, como lo es La Persona espiritual Y, residente en el individuo humano. Sin embargo, resulta obvio que Y es el conocedor y XZ es lo conocido. Y el conocimiento parcial que se posee (*I Corintios* 13:9 y 12) es por reflexión de la persona incógnita en la realidad igualmente incógnita y por ésta en aquella. La aceptación de este saber parcial se debe, en su último fundamento, no a la razón, incapaz para justificarse a sí misma, sino a una subconsciente fe religiosa.

El sentido de Yo, conciencia personal, momentánea y mudable del conocedor, es subjetivo; pero también lo es el sentido de Mundo conocido. Nos certificamos del Yo personal por la duda metódica de Cartesio. Nos certificamos del Mundo objetivo por la resistencia que ofrece a la persona y por sus consecuencias fenoménicas para el yo. Lo uno y lo otro ofrecen a la persona materia de contemplación y, a la postre, de expresión lingüística.

11.—*Relaciones de la verdad humana.* El animal humano, inmerso en esa incógnita objetiva de la existencia, se eleva sobre ella y sobre sí mismo en virtud de esa capacidad de trascendencia que define a lo espiritual. (*I Corintios* 2:11-16). Así logra la persona representarse como objeto de conocimiento, su propio yo y los mil y un seres objetivos del mundo circunstante. La lengua es consecuencia de ese esfuerzo de contemplación; pero se constituye a su vez en instrumento del espíritu para el refinamiento de la reflexión. De este modo busca la persona definir su propio sér y fijar fronteras a los demás seres del mundo conocido. La captación y

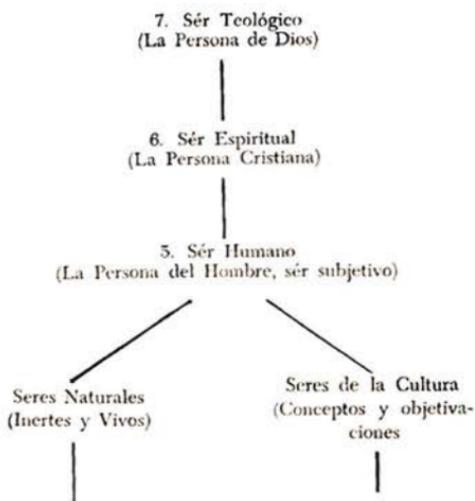
expresión lingüística de esas relaciones constituyen su verdad.

- 1.—Relaciones inmanentes en los seres objetivos: verdades del orden natural.
- 2.—Inmanentes en el sér humano: el orden personal y psicológico.
- 3.—Entre el hombre y su mundo: verdades del orden cultural.
- 3.—Entre los hombres: del orden histórico-social.
- 5.—Entre el hombre y Dios: del orden religioso.

Estas relaciones se entrecruzan y complican en el curso de la historia. El individuo aprende a pensar y a expresarse en función de patrones mentales íntimos de su persona, y sin embargo, elaborados en la comunidad cultural, en la historia y en las circunstancias de su mundo, independientes de su persona. Esto es lo que ha tenido en cuenta Karl Pribram en su obra *Patrones Conflictivos del Pensamiento* y lo que debe estudiar con cuidado el predicador en las investigaciones de sociología de la cultura y de psicología social.

12.—*El séptimo peldaño.* Al llegar a este momento, hemos de notar la aparición de la verdad divina, de la visión celestial. La aparición del intelecto, en el segundo nivel, me parece estar simbolizado en la Escritura Santa por la adquisición de la ciencia del bien y del mal. La cultura humana se funda precisamente en esta ciencia, y sus frutos tienen que ser, a la misma vez, frutos de bien y de mal. Aparece la verdad divina encarnada en Nuestro Señor Jesucristo, mediada por el crimen, el crimen que es a la vez sacrilegio. La crucifixión de

Nuestro Señor Jesucristo simboliza la condenación de nuestra verdad, de nuestra cultura. En el Reino de Dios, en la nueva viña, los postreros vienen a ser primeros. La última verdad, negadora de las otras, es la única, la trascendente, la total. (*Mateo* 19:30; 20:16). La última verdad, el séptimo nivel de la verdad, está simbolizada por la rotura del velo. (*II Corintios* 3:15-18). La victoria del Cordero es la revelación final de la verdad. "Ahora la miramos a cara descubierta, como en un espejo". Solamente él prevalece, solamente él es digno de abrir el libro. Y cuando se abre el libro, se desarrolla ante nuestros ojos un espectáculo de tragedia, de muerte y de ruina, el espectáculo de la historia humana, la épica de una frustración milenaria. (*Apocalipsis*, Cap. 5).



2. Relaciones objetivas internas. 4. Relaciones objetivas internas
1. Relaciones objetivas externas. 3. Relaciones objetivas externas

Figura 2

El esquema de nuestra *Scala Paradisi* se asemeja más a la estructura del hombre que a la de una escala. La cabeza es Dios; el tronco, los hombres; sus extremos, la naturaleza y la cultura.

13.—*La estructura del saber humano.* Téngase presente que al decir *relaciones objetivas* la referencia es al *Mundo* o al *Yo* en cuanto son contemplados por La Persona, por reflexión de ésta en la realidad incógnita, la única auténticamente objetiva. En el saber ingenuo, el primer momento de la reflexión, mundo y yo aparecen como objetos para ser conocidos por la persona. En el saber filosófico la persona admite la subjetividad tanto del mundo conocido como del yo conocedor. En el saber teológico la persona reconoce, como la única garantía de autenticidad de la misma persona, así como en la realidad incógnita y del mundo fenoménico, la acción de Dios. Aunque es evidentemente cierto que este Dios es aceptado por la fe, no es menos cierto que ha sido postulado por rigurosa exigencia de la razón. La validez de todo saber, ya sea el que la persona tiene de la realidad objetiva, contemplada como fenómeno ante el Yo, puede aceptarse solamente por la fe en un Dios, Creador de nuestro espíritu conocedor y de la realidad que nos es revelada. Así podemos representarnos el saber estructurado por su objeto en tres planos verticales y por su calidad en tres momentos horizontales: el saber ingenuo, el filosófico y el teológico, y el saber por la persona, del mundo fenoménico, y con referencia a una realidad incógnita. El saber científico, en el sentido moderno de este concepto, se limita estrictamente al segundo plano, al mundo fenoménico.

Estructura del Saber Humano

Momento I Saber ingenuo	Momento II Saber filosófico Persona incógnita	Momento III Saber teológico
El Yo y el mundo, objetos de todo saber.	Yo y mundo, conocidos como realidad fenoménica.	Dios postulado por fe, como fiador de la validez de todo saber verdadero y de toda realidad auténtica.
	Realidad incógnita	Plano III La Persona
		Plano II El mundo fenoménico y de toda realidad auténtica.
		Plano I La realidad incógnita

14.—*La verdad de la predicación.* La naturaleza objetiva, que es la substancia de la verdad, entre su primer y cuarto aspectos, produce mal; pero la naturaleza humana, que es la substancia de la verdad en su tercer y quinto peldaños, produce pecado. El pecado no está en el fruto, el pecado está en la ambición de poseer la ciencia del bien y del mal. El mal puede ser de origen divino, y en efecto así lo reconoce el Profeta cuando dice: "Yo, Jehová, que formo la luz y crío las tinieblas, que hago la paz y crío el mal". (*Isaiás 45:7*). "Lo mismo me son las tinieblas que la luz". (*Salmo 139:12*). Pero el pecado no es de Jehová; el pecado es del hombre; el pecado es el primogénito de la ciencia humana. Para encontrar esta verdad, para darnos cuenta de ello, hemos de ir, antes que nada a la fuente principal, que es la Cruz de Cristo. Si el ministro quiere encontrar la verdad de su predicación, la del séptimo peldaño, ha de preguntarse antes que nada: ¿Por qué la cruz? La cruz no

es gloria, la cruz es condenación. Jesús no revela la gloria de Dios en cuanto muere; Jesús revela la gloria de Dios en cuanto resucita. Al morir, Jesús revela el sentido pecaminoso de la verdad al nivel humano. Al resucitar, Jesús revela el carácter completamente extraño de la verdad de Dios. La verdad de Dios encerrada en la naturaleza, expresada por los ángeles de Dios, ha sido adulterada al llegar al segundo peldaño de la verdad humana. La obra redentora de Cristo rasgó el velo y nos convence de la adulteración de la verdad. Nos revela a nosotros como pecadores mentales.

El pecado del hombre no reside en su carne. El pecado del hombre reside en su espíritu, en su mente. Como animal, en cuanto es carne, el hombre es igual que el resto de la naturaleza, es un ángel de Dios. Tal vez por ello dijo Jesús de los niños que de los tales es el Reino de los Cielos. El niño todavía no es hombre, sino en potencia; porque el niño todavía no ha llegado al segundo peldaño de la verdad, porque el niño está todavía en esa región oscura y misteriosa que estudian, entre otros, Mead y Freud. El pecado aparece cuando aparece el espíritu, cuando aparece el intelecto.

El *Nuevo Testamento* concibe la vida espiritual del hombre como un combate interior: el hombre, en medio de la creación, dotado de gracia y libre albedrío. Parte de esa Gracia, lo que Dios nos ha dado, es la inteligencia y la revelación suprema en Cristo. De un lado, el Reino Terrenal, atractivo, poderoso, con promesa de gloria. Del otro lado La Cruz. Sólo una aventura de fe, la aceptación perentoria del Mandato de Cristo: "Toma tu cruz", puede conducirnos a la verdad real, más allá de esa apariencia engañosa. "La facultad com-

parativa", dice Monsabré, "atenúa la obscuridad de lo incomprensible, y produce en torno de los misterios cierto crepúsculo, que nos dispone a los esplendores de más perfecta visión". (*El Orador Sagrado*, pág. 32). También la *facultad comparativa*, la *Lógica* discursiva nos puede conducir a la perplejidad de la antinomia; el esplendor de la gloria terrenal puede ofuscar la gracia del entendimiento, y la flaqueza de la cruz puede intensificar nuestra cobardía; pero la fe vigoriza la razón y la esclarece. Puede que el cerebro no entienda las razones del corazón; pero de ellas se nutre, y sin ellas muy pronto pierde la salud.

"Todo lo que no es de fe, es pecado". (*Romanos* 14:23). "Y todo el que hace pecado, esclavo es de su pecado". (*Juan* 8:34). La verdad teológica es aquella que se cimenta conscientemente en la fe. No es una fe irracional o contrarracional sino suprarracional y subracional, en cuanto es cimentadora de la verdad que hace libres a los esclavos del pecado. Y esa verdad se descubre solamente en Jesús, El es el Mediador de esa verdad libertadora. Pero esto es ya objeto de estudio, no en la Homilética sino en la Teología Cristiana.

"El espíritu es presto, mas la carne enferma". (*Marcos* 14:38) es el gran misterio a la raíz de ese árbol de la ciencia del bien y del mal. La mentira, el error, el pecado, la esclavitud y la muerte van juntos, en íntima correlación. La verdad, la justicia, la libertad y la vida también son correlatos. "Lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne", dice el Apóstol, lo ha logrado Dios, "enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado... condenando al pecado en la carne, para que ya los hombres no vivan extra-

viados por los deseos de la carne, deseos de error, mas por la verdad del espíritu". (*Romanos* 8:3, 4).

La capacidad para recibir esa verdad, para formularla en palabras, vivir por ella, y comunicarla a los demás, es la acción espiritual definitiva del ser humano. En ello reside la imagen de Dios en el hombre. De ello son también funciones análogas el arte, la vida histórico-social, los valores éticos, más caros para el hombre que la vida misma. Todo lo que fomenta el desarrollo de esa capacidad espiritual, es justicia de Dios; todo lo que resiste a ese desarrollo, es pecado. "Porque la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne". (*Gálatas* 5:17). Falta saber por qué es la carne del hombre la única enferma de pecado. ¿Por qué esconde Dios su rostro y se turba el espíritu dentro del hombre? ¿Dónde hallar a Dios cuando la turbación mental que engendra el pecado le oculta en la espesura de su tiniebla? ¿Cómo satisfacer esa ambición de Job?

15.—*El criterio de lo verdadero.* ¿Será más fácil ver ahora la diferencia de hecho entre la verdad mental, su objeto y su formulación? Son tres cosas diferentes y una sola realidad verdadera. La coherencia y correspondencia entre ellas es, desde el ángulo humano, la norma crítica de la verdad. Cualquiera aprende la formulación de una verdad, y puede repetirla, pero cualquiera no puede entenderla. Usualmente las verdades, una vez que aparecen en el entendimiento humano, se manifiestan en su sencillez. La verdad es siempre sencilla comparada con la complejidad de lo mentiroso. Su formulación a veces nos sorprende por su llaneza. "Conócete a ti mismo", es el resumen de la filosofía socrática. "Niégate a ti mismo", es la formulación de la verdad cristia-

na. Ambas fórmulas, distintas y claras. ¿Quién las entiende en toda su profundidad? En una proposición como "Niégate a ti mismo", la formulación consta de palabras, el objetivo de la verdad es el sér humano, la verdad en sí consiste en captar la razón de esa relación: negarse a sí mismo.

16.—*Las fuentes del saber humano.* Ahora bien: cada una de esas tres cosas requiere estudio, y para estudiarlas hay que recurrir a las fuentes adecuadas. Aunque el filósofo no hubiera dicho: *Primero vivir, entonces filosofar*, la existencia misma lo dispone así. Primero el saber ingenuo, después el saber crítico. El objeto de la verdad puede contemplarse en seis categorías: los objetos de la naturaleza inerte, incluyendo las fuerzas físicas; los objetos de la naturaleza viva; los objetos de cultura; el sér humano; el sér espiritual cristiano y finalmente el sér y la vida de Dios. La presencia de este panorama expresa la necesidad de un aprendizaje, de una educación básica de índole general antes de penetrar en los estudios teológicos propiamente dichos. El predicador cristiano, como todo orador, requiere información completa y confiable. La hallará en los recursos de una buena educación elemental, secundaria y preteológica. Un buen programa educativo, válido no sólo para la formación cívica, sino como requisito para la formación profesional, debe incluir materias de cuatro índoles diversas: informativas, formativas, instrumentales y técnicas. Aprender a guiar un automóvil, a instalar un sistema de alumbrado o a manejar una máquina de escribir, son técnicas. La escritura, lectura o matemáticas son instrumentos, con valor de tránsito hacia otros saberes. La ética, el arte, en cierto modo la historia y la literatu-

ra, en manos de un buen profesor, funcionan para la formación mental y espiritual. La geografía, la fisiología, la biología, la historia, en efecto, cualquier materia, proporciona la información factual, enciclopédica. Esta última, para ser verdaderamente útil, ha de servir a las otras tres, si no, será estorbo más que ayuda positiva.

Una vez alcanzada la visión de la verdad teológica: el sér y la vida de Dios, como ha sido revelada en Jesucristo, y como es modificada e ilustrada por el testimonio interno del Espíritu Santo, todo el saber anterior adquiere una nueva perspectiva. Al filo de los días, el predicador va acumulando nuevas iluminaciones, archivando cuidadosa y diligentemente sus anotaciones, así va edificando una *Philosophia Christi*, un nuevo saber, una nueva creación: la mente de Cristo. (*I Corintios 2:16*).

Tanto en el nivel de información y cultura humanas, como en el teológico, la verdad como tal, los procesos gnoseológicos, las formas mentales, constituyen un objeto particular de estudio: el hombre como sér objetivo de sí propio. La lógica, la epistemología, la psicología del pensamiento, la sociología de la cultura, son las disciplinas que intentan penetrar y esclarecer esta región. La lógica, para las formas externas de la verdad; la epistemología y la psicología para los procesos internos; la sociología de la cultura para la dinámica histórico-social del pensamiento. Son éstos los instrumentos del saber crítico.

La lógica es disciplina de tránsito. A la formulación mental de la verdad ha de corresponder una formulación verbal. Lógica, psicología y sociología some-

ten ahora su contribución al rigor de la lingüística. Aplazamos este aspecto de la predicación para otro capítulo.

17.—*Las fuentes del saber teológico.* El panorama del saber podría contemplarse en cuatro planos diferentes: verdades de la naturaleza objetiva, verdades con respecto al sér humano, el sér subjetivo; verdades en relación de cultura histórico-social, de espíritu objetivo; y finalmente verdades en orden a Dios, la verdad teológica. Parece evidente, y sin embargo no lo es, que todas estas verdades lo son únicamente cuando el sér humano las capta, comprende, y formula. Por tanto, de estas cuatro categorías de verdades la más importante de todas es la segunda. A primera vista diríamos que la más importante de todas en cuanto a saber crítico, es la cuarta, por aquello de buscar primeramente el Reino de Dios; pero no, porque si el Reino de Dios es objeto de búsqueda, lo primero en orden de interés ha de ser el que busca, no lo que busca. La validez del objeto de su búsqueda, es materia de fe, no de saber.

“Es menester que el que a Dios se allega crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan”. (*Hebreos 11:6*). A Dios se conoce en primer lugar por fe, luego por amor, vida, justicia, acción cristiana, en último lugar por saber. La primera fuente del saber teológico es el oír o leer de la Palabra de Dios. (*Romanos 10:17*). La Palabra de Dios es un mandato, único y absoluto: AMA, como Cristo amó primero. “Este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, está en El, y El en él. Y en esto sabemos que él permanece en

nosotros, por el Espíritu que nos ha dado". (I Juan 3: 23, 24). "Nosotros le amamos a El, porque El nos amo primero. En este consiste el amor; no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados". (I Juan 4:19 y 10). El que hace la voluntad de Dios, expresada en Jesucristo, ese llega a saber. (Juan 7:17). El amor de Dios vivido, nos pone en lucha con el mundo, la cultura, los otros seres. En la medida en que vencemos por amor, el saber va creciendo. La Palabra de Dios se hace luz en nuestra tiniebla. "Todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe". (I Juan 5:4).

El que dice predicar el Cristo de la experiencia entiendo el saber que deriva de su fe, de su amor, de su acción cristiana. Pero ese saber es, precisamente, la racionalidad de Dios, la *Theou Logia*. Todos los que viven el saber de Dios, viven teología, se entiende entre sí. La teología que no se entiende es el falso saber, el del hombre que hace un dios a su imagen, la teología pagana, que se predica a sí misma, cuya suficiencia no es de Dios, sino humana. (II Corintios 3:5).

Tiene importancia el sér humano que es objeto del amor de Dios (Juan 3:16); tiene importancia el Reino de los Cielos que es objeto de la búsqueda humana. El sér humano es objeto de Dios. Dios es objeto del sér humano. Entre estas dos finalidades, la de Dios y la del hombre, cobran importancia todas las demás cosas, son añadiduras. Son los ángeles de Dios que descienden de Dios hacia el hombre y que ascienden desde el hombre hasta Dios. Es ahora evidente, por tanto, que las fuen-

tes para el descubrimiento, el esclarecimiento, la formulación y la comunicación efectiva de la verdad teológica, se hallan en cada plano particular de la búsqueda, y hallan la plenitud de su sentido en la verdad revelada. Es necesario que el ministro de Dios se entere lo mejor que pueda de las verdades naturales, las que ofrecen las ciencias naturales y exactas. Es necesario que se entere igualmente de las verdades que ofrecen las ciencias humanísticas, y es necesario que se entere de la historia de su cultura. Pero todos estos conocimientos estarán subordinados, al fin y al cabo, a la comprensión de estas dos búsquedas, la del hombre por Dios y la de Dios por el hombre. Solamente la comprensión de este enigma final puede darle sentido a los materiales que recoge en los demás campos del saber humano. Los datos acerca de la piedra, de la fauna, de la flora, de los espacios astronómicos, de la mente humana, del alma humana, el arte, la literatura, todas estas cosas han de ser *Ancillae Theologicae*, han de contribuir a entender a Dios y al hombre, a formular con claridad esa gran verdad, a conseguir los recursos, los vehículos, las instrumentalidades para hacer llegar esa verdad suprema, hasta el propio corazón de sus oyentes. ¿Cuáles son, pues, las fuentes del saber del predicador? Todas las fuentes del saber humano. Pero todo esto es nada si no está regido, clasificado, archivado e iluminado por el criterio de la verdad final.

18.—*La ambición de Job y la esperanza cristiana.* La ambición de Job, la visión celestial, se realiza primeramente por el segundo nacimiento, el nacer de la fe, no la natural, ni la histórico-cultural, sino la fe revelada en Jesús. “A todos los que le recibieron les dió poder para

llegar a ser hijos de Dios". (*Juan* 1:12). Este nacimiento conlleva el consiguiente crecimiento en amor y verdad (*Efesios* 4:15) el cambio de la mentalidad humana por la cristiana. Esta mentalidad nueva, se expresa en una nueva acción, de amor, de justicia, de libertad. Y finalmente, este nuevo proceso histórico-social significa la creación de una nueva cultura, de un nuevo mundo, el Reino de Dios, la Ciudad Celestial, simbolizada por la Iglesia actual, como el espíritu se simboliza en la lengua, como el nuevo ser cristiano, universal y eterno, se simboliza en la comunión. Esta visión celestial es el objeto de la predicación. Las fuentes para este saber radican en el mundo, en el hombre, en la historia y en Dios.

En su famosa *Oda* a Felipe Ruiz nos ha dado fray Luis de León una visión poética de esa ambición de Job:

*¿Cuándo será que pueda...
contemplar la verdad pura sin velo?
Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto,
lo que es, y lo que ha sido
y su principio propio y escondido.*

Solamente por la trayectoria de la verdad cristiana se alcanza responder a esa ambición: Dónde hallar a Dios.

